

# El poder en la era de la transnacionalidad o las construcciones del poder

*Olga Aikin Araluce<sup>1</sup>*

## **Resumen**

El poder, en las ciencias sociales, está sujeto a interpretaciones. En este ensayo se exponen las ideas de seis autores al respecto, pensadores que han sido muy sobresalientes en el campo de las relaciones internacionales y la sociología política. Se revisa la visión neorrealista de Kenneth Waltz; la visión novedosa que aportó en los años setenta del siglo pasado el paradigma de la sociedad mundial de la mano de Robert Keohane y Joseph Nye; así como las ideas del constructivista Alexander Wendt, de Robert Cox desde la teoría crítica, Susan Strange desde la escuela inglesa, y Manuel Castells desde la sociología política. Más allá de las posturas dominantes propias del realismo y el neorrealismo, podemos constatar que el pensamiento en torno al poder ha ido sofisticándose y evolucionando, tornándose más capaz de comprender los complejos procesos políticos propios de la era en que vivimos, fuertemente permeada por fenómenos como la transnacionalidad o la revolución de la microelectrónica. Los autores seleccionados presentan (entre 1970 y el año 2000) formas alternativas y más complejas de conceptualizar el poder, rompiendo con una visión inmutable, a-histórica y unidimensional propia del realismo.

*Palabras clave:* poder, transnacionalidad, construcciones del poder, relaciones internacionales.

---

Fecha de recepción: 17 de mayo de 2017. Fecha de aceptación: 24 de mayo de 2017.

1. Profesora-investigadora del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), Departamento de Estudios Sociopolíticos y Jurídicos. Correo electrónico: oaikin@iteso.mx

## THE CONCEPT OF POWER IN THE AGE OF TRANSNATIONALITY

### Abstract

The concept of power, in the field of social sciences, is subject to different interpretations. In this essay I present the ideas of six important authors of the fields of international relations and political sociology. I present Kenneth Waltz's neorealist point of view on power; Robert Keohane and Joseph Nye's original model of world society of the 1970's; the ideas of the constructivist Alexander Wendt, critical theorist Robert Cox, Susan Strange and political sociologist Manuel Castells. While dominant realist and neorealist interpretations insist on the immutable, a-historical and one-dimensional nature of power, ideas about power in political thinking have developed and have become more sophisticated, more capable of understanding the complex political processes of our times, deeply affected by phenomena such as transnationality or the microelectronic revolution.

*Keywords:* power, transnationality, power constructions, international relations.

### Introducción

Entender el poder no es algo sencillo y existen muchas interpretaciones. Al respecto surgen múltiples preguntas: ¿qué es? ¿Cómo definirlo? ¿Es algo que cambia o permanece inmutable? ¿Es el mismo a lo largo de la historia? ¿Siempre lo detentan ciertos actores clave o se redistribuye? ¿Quién y cómo lo ejerce? ¿Las fuentes de poder son las mismas en la era de la transnacionalidad que en la Guerra Fría? Dentro de las ciencias sociales es y ha sido un tema recurrente, siempre sujeto a discusión. Para los estudiosos de la política internacional éste es un tema crucial y resulta importante llegar a respuestas tentativas, a nuestras propias interpretaciones, dado que según veamos y definamos el poder así entenderemos las dinámicas de la política mundial. Estas concepciones serán nuestra brújula para comprender cómo opera esta complejidad global en la que vivimos.

El poder, en las ciencias sociales, está sujeto a interpretaciones. En este ensayo se exponen las ideas de seis autores al respecto, pensadores que han sido muy sobresalientes en el campo de las relaciones internacionales y la sociología política, sin ánimo (ni posibilidad material) de abarcar toda la diversidad del pensamiento político. Inicio este

trabajo con una primera sección contextual, en donde apunto brevemente lo que considero algunas de las grandes tendencias actuales en la política mundial, marco imprescindible para poder analizar el poder. En apartados posteriores reviso la visión neorrealista de Kenneth Waltz; la visión novedosa que aportó en los años setenta del siglo pasado el paradigma de la sociedad mundial de la mano de Robert Keohane y Joseph Nye; así como las ideas que proponen el constructivista Alexander Wendt, Robert Cox desde la teoría crítica, Susan Strange desde la escuela inglesa y Manuel Castells desde la sociología política. La sucesiva exposición de los autores coincide con un criterio cronológico que nos permite ver, a partir de la visión realista dominante de las relaciones internacionales, la aparición (entre 1970 y el año 2000) de formas alternativas y más complejas de conceptualizar el poder, rompiendo con una visión inmutable, a-histórica y unidimensional propia del realismo.

## **1. Algunas tendencias de nuestro mundo**

El mundo actualmente es un complejo entramado de relaciones entre actores estatales, subestatales, intergubernamentales y no gubernamentales que se suman al escenario mundial e impactan (en diferentes grados y con distintos recursos) en la dinámica y resultados de la política internacional. La lista de estos actores es muy larga: empresas multinacionales, asociaciones profesionales internacionales, Estados-nación, ciudades e instancias subestatales con cierta autonomía en el manejo de sus relaciones internacionales, ONG nacionales e internacionales, movimientos sociales, redes de crimen organizado, grupos terroristas, etc. Junto con lo interestatal y lo internacional tenemos lo transnacional, todo un entramado de dinámicas a través de las fronteras nacionales en el que intervienen una gran diversidad y número de actores no gubernamentales. Frente al orden mundial de la Guerra Fría, que presentaba relativa estabilidad y predictibilidad, el mundo transitó, en la pos-Guerra Fría, hacia escenarios más complejos, inestables, turbulentos e inciertos (Rossenau, 1990; MacDonald, 2000). Paradójicamente presenciamos simultáneamente dos tendencias aparentemente contrapuestas: una mayor concentración de poder económico, político, ideológico y militar orquestado por “jerarquías

globales” (MacDonald, 2000), y por otro lado una desconcentración o atomización del mismo, caracterizada por la pérdida de poder del Estado-nación y la emergencia de nuevos actores; un creciente número de centros de poder con agendas propias y con acceso a recursos de poder no tradicionales. Ianni caracterizó a la pos-Guerra Fría como la sociedad global, una sociedad:

Plural, múltiple, caleidoscópica, que está articulada por emisiones, ondas, mensajes, signos, símbolos, redes y alianzas que tejen los lugares y las actividades, los campos y las ciudades las diferencias y las identidades. Éstos son los medios por los cuales se desterritorializan los mercados, las tecnologías, los capitales, las mercaderías, las ideas, las decisiones, las prácticas, las expectativas y las ilusiones (Ianni, 2000: 43).

En este sentido se observa que gran parte de la política mundial se mueve en el campo de lo transnacional (Nye, 1990, 2002; Strange, 2001), campo caracterizado por la integración de los actores locales a ámbitos de acción globales. Al mismo tiempo el Estado, mermado en sus posibilidades, es una variable dependiente de las características del orden mundial, orden en el que actualmente las presiones de carácter estructural global tienen que ver con el desarrollo tecnológico y la multiplicación de actores, que se ve complejizada por un alto índice de transnacionalización (Dallanagra, 2005). Dentro de los actores transnacionales destacan aquellos que generan una amenaza a la seguridad y la estabilidad; me refiero concretamente al poder de las redes terroristas y del crimen organizado global, siendo que las primeras han reestructurado una parte importante de la agenda geopolítica mundial y las segundas han generado un mercado negro sumamente lucrativo y a nivel planetario de sustancias tóxicas, tráfico de personas, plagios, etc. Por otro lado, redes de activistas y de movimientos sociales transnacionales logran confrontar a Estados o al sistema en general, establecer estándares de comportamiento y participar en la gobernanza global.

La difusión y profundización de la revolución tecnológica informacional es otra tendencia clave que permea profundamente nuestros tiempos. La tercera revolución industrial, la de la microelectrónica, ha generado cambios políticos y sociales de gran envergadura. Entre ellos Nye (2002) menciona la descentralización y la difusión del poder. Ahora el Estado ha perdido control sobre la información y los

actores no estatales han accedido a ella, generándose más fuentes de autoridad y más acceso a recursos de poder blando. En este contexto, en la llamada “era de la información”, Castells (1999) afirma que el capitalismo también ha sufrido un proceso de reestructuración profunda, caracterizado por la mayor flexibilidad en la gestión, la descentralización e interconexión de las empresas, un aumento del poder del capital frente al trabajo, la intervención del Estado para desregular los mercados y dismantelar el Estado de bienestar, y la intensificación de la competencia económica global. Una consecuencia de lo anterior ha sido la integración global de los mercados financieros, que ahora funcionan como una “unidad en tiempo real”. Observamos procesos de desregulación, privatización y una globalización de la producción y los mercados.

La innovación tecnológica y el cambio organizativo, centrados en la flexibilidad y la adaptabilidad fueron cruciales para determinar la velocidad y eficacia de esta reestructuración. El informacionalismo está ligado a la expansión y rejuvenecimiento del capitalismo (Castells, 1999: 45).

Junto con la transnacionalidad y la revolución tecnológica, otras tendencias que marcan nuestra época son la crisis de la soberanía del Estado-nación; la crisis de la política democrática vinculada a su vez con una crisis de legitimidad; el ascenso del feminismo y crisis del patriarcado; la difusión de la conciencia ecológica; el surgimiento de fuentes de resistencia a la globalización, a menudo manifestado en fundamentalismos religiosos; y el desarrollo descomunal de una economía criminal global (Castells, 1999).

## **2. El poder y su interpretación teórica**

A continuación presento algunas interpretaciones del poder. Inicio con la escuela realista de las relaciones internacionales, que presenta una versión más simple y unidimensional del fenómeno, básicamente centrada en la dimensión interestatal, en los recursos y en las capacidades de los Estados. Después expongo visiones más complejas que incorporan, e incluso priorizan, los aspectos ideacional, relacional y estructural del poder.

## 2.1. Centralidad del poder estatal y política de poder

Ante la pregunta de si existen actualmente formas novedosas y distintas de ejercer el poder, la respuesta de la escuela realista en relaciones internacionales sería negativa: el poder internacional lo ejercen los Estados (actores por excelencia de la política internacional) y bajo ciertas reglas objetivas y universales que rigen el sistema internacional. Dentro de esta visión estato-céntrica, los organismos internacionales y demás actores siempre son menores y actúan, de una forma u otra, en función del interés nacional de los Estados más poderosos. Lo que cuenta es la capacidad material de los actores estatales, especialmente la militar, mediante la cual el poder se ejerce haciendo que los demás hagan lo que normalmente no harían. De ahí la importancia que se otorga a la *high politics* (que se encarga de los asuntos militares y estratégicos) frente a la *low politics* (más centrada en asuntos económicos, sociales o culturales) en la determinación de la agenda internacional.

El modelo que presenta la escuela realista es el de una mesa de billar en donde las bolas (que son los Estados) chocan entre sí en un interminable juego de lucha de poder y supervivencia y consiguen situaciones de estabilidad mediante coaliciones y equilibrios de poder. En este sentido, la naturaleza del poder es incambiable, deriva de la misma naturaleza agresiva del hombre y responde a leyes objetivas de observancia universal; existencia en un entorno *hobbesiano* hostil, vocación hacia la violencia y violencia como comportamiento legítimo (la guerra como continuación de la política, según el clásico aforismo de Clausewich), necesidad absoluta de asegurar la propia supervivencia, egoísmo de las unidades, lucha por el poder, el uso de la fuerza como método persuasivo por excelencia, etcétera.

La escuela neorrealista de los ochenta ensalza también las capacidades materiales como determinantes esenciales del poder estatal, si bien dentro de un contexto más sistémico. Se subrayan las capacidades materiales en su dimensión relacional. La anarquía, definida como ausencia de gobierno mundial, inhibe las posibilidades de cooperación internacional y determina que la motivación principal de los Estados sea la supervivencia y el principio rector de comportamiento la autoayuda. Según esta visión los Estados son actores racionales que actúan en un entorno anárquico motivados por el egoísmo y por el interés nacional.

Para Waltz (1992) la estructura de poder mundial viene definida por la distribución de poder entre los Estados. La estructura es un concepto organizacional que define el posicionamiento de las unidades dentro del sistema. Ésta determina cómo se mueve la política internacional y conocerla nos permite predecir el comportamiento de las unidades y sus interacciones recíprocas. Dentro de la estructura, básicamente determinada por los Estados más fuertes, cada unidad o Estado buscará conseguir un mejor posicionamiento y por lo tanto más poder. El número de grandes potencias en un sistema político internacional y la distribución de poder entre ellas es lo que nos va a permitir explicar y predecir la dinámica de dicho sistema. En este sentido la estructura, ya sea unipolar, bipolar o multipolar, viene principalmente definida por los Estados con mayores capacidades materiales y condiciona la interacción entre los actores y sus posibilidades de comportamiento en el sistema.

En este orden de cosas, la centralidad del poder estatal, del *power politics* y de los factores materiales no deja mucho espacio para conceptualizaciones novedosas del concepto de poder. Este énfasis en la centralidad del poder estatal parece mostrarse, para muchos autores, como insuficiente para examinar la complejidad del mundo de la pos-Guerra Fría. Insuficiente porque el poder no sólo se encuentra en las relaciones entre los Estados, sino en muchas otras dimensiones de la sociedad internacional. En este sentido Held afirma que el poder estatal es sólo una dimensión y que existe una "estructura multidimensional del poder que se manifiesta en fenómenos económicos, políticos, sociales, tecnológicos, culturales, etcétera" (1997: 2).

## 2.2. Interdependencia, poder difuso y poder blando

Desde los años setenta los liberales Keohane y Nye (1988) aludieron, en su teoría interdependentista, al fenómeno de la transformación del poder, a la idea de que el poder, además de repartirse entre más actores aparte de los estatales y de responder en gran medida a los intereses de la *low politics*, dependía de la capacidad de los actores para transmitir sensibilidades y vulnerabilidades en el escenario mundial (capacidad que no siempre derivaba del uso de la fuerza o amenaza del uso de ésta). Frente el modelo de mesa de billar propio del realismo político, Keohane y Nye (1988, 1998) afirmarán que el mundo se

parece más al modelo de tela de araña o red, en donde aparecen más actores que operan en niveles distintos dentro de un sistema complejo en donde múltiples canales transnacionales los interconectan. Desde esta perspectiva, el poder se diluye y se difunde; se incrementan las fuentes que lo generan y saltará a primer plano el concepto de la interdependencia asimétrica como fuente de poder. La interpretación del concepto de poder se abre a nuevas posibilidades. Se niega el fatalismo y determinismo realista. La interdependencia vendrá a imponer restricciones al comportamiento de los Estados y al uso de la fuerza porque creará sensibilidades y vulnerabilidades entre ellos. Esto los forzará a la cooperación y a la creación de regímenes internacionales. En la interdependencia compleja las organizaciones internacionales se vuelven actores importantes, serán los grandes estabilizadores del sistema y constituirán nuevos lugares para la toma de decisiones políticas. El paradigma pluralista o interdependentista de Keohane y Nye reconoce expresamente la existencia de una red compleja de actores no estatales y la permeabilidad de los Estados y de organizaciones internacionales a la presión transnacional.

En trabajos posteriores Joseph Nye (1990) plantea de forma novedosa el concepto de poder. Frente al clásico *hard power*, fundamentalmente militar, económico y principalmente basado en amenazas, recompensas y la habilidad de coaccionar, se manifiesta, más que nunca, el *soft power*, menos tangible, menos coactivo y que reside en el poder de persuadir, de convencer a los demás de seguir ciertas pautas de conducta, ciertas ideas y valores que alterarán sus preferencias y que finalmente los llevarán a actuar según nuestros deseos. Para Nye (2002) la revolución tecnológica permite que nuevos actores, como las ONG, creen nuevas redes transnacionales de interacción e información, comunidades virtuales con sus propios valores y objetivos políticos, capaces de persuadir a la opinión pública y a quienes toman las decisiones políticas. La microelectrónica incrementa el potencial persuasivo de estas nuevas comunidades y las dota de *soft power*, permitiendo a su vez que cuestionen la legitimidad de los Estados o las organizaciones internacionales. Ante la “paradoja de la abundancia” (Keohane y Nye, 1998: 95) —esto es, el acceso a múltiples fuentes de información, que se tornan el recurso abundante, frente a la capacidad de atención, que a su vez se vuelve un recurso escaso—, aquellos actores que actúan como filtros e intérpretes creíbles de la realidad,

aquellos que pueden orientar y dar pistas válidas para comprender la complejidad del mundo, se vuelven fundamentales y adquieren un alto grado de persuasión y poder. En este sentido la credibilidad se vuelve una fuente de poder esencial. “El poder de la información llega a las manos de aquellos que pueden editar y validar creíblemente la información con objeto de determinar qué es correcto e importante” (Keohane y Nye, 1998: 89). En este panorama la fuente clave del poder va a ser la credibilidad asimétrica, en el sentido de que el actor que tenga mayor grado de credibilidad en un tema concreto de la agenda política tendrá el poder de imponer decisiones a otros actores con menor grado de credibilidad y las luchas políticas se centran, más que nunca, en la creación y destrucción de la credibilidad.

En esta línea de pensamiento, Joseph Nye insiste en la importancia de que Estados Unidos ejerza el poder blando y aumente su nivel de credibilidad en la comunidad internacional si quiere seguir siendo la potencia hegemónica. En su libro *The Paradox of American Power* (2002) el autor habla de la pérdida de legitimidad y popularidad de la política exterior estadounidense y cómo esto ha ido mermando su influencia en los asuntos mundiales. Para Nye el poder en la era de la información global se distribuye siguiendo un patrón que se parece a un complicado juego de ajedrez en tres dimensiones. En el tablero superior el poder militar es básicamente unipolar y Estados Unidos tiene la primacía casi en exclusiva. En el tablero central el poder económico es multipolar y se reparte principalmente entre Estados Unidos, Europa, Japón y China. El tablero inferior es la esfera de las relaciones supranacionales que atraviesan las fronteras sin el control gubernamental. En esta esfera de poder, que es la esfera del poder difuso, se sitúan desde banqueros hasta terroristas, pasando por multinacionales, ONG, universidades, fundaciones, medios o asociaciones profesionales y aquí no tiene sentido hablar de unipolaridad o multipolaridad. Los Estados deben jugar adecuadamente en estas tres dimensiones del poder y deben prestar especial atención a este tablero inferior supranacional, ya que es el que plantea actualmente más desafíos a la estabilidad mundial. Para actuar en esta dimensión inferior del tablero es aconsejable, según este autor, hacer más uso del poder blando y de la legitimidad y credibilidad como fuentes de poder.

Si llegamos a afirmar que las relaciones de poder entre los actores de la sociedad internacional están cambiando, ello implicaría admitir

que el concepto de poder no es algo estático y predeterminado, sino algo cambiante y en constante movimiento, alimentado por el cambio de las ideas, los intereses de los actores y la naturaleza de las instituciones que rigen sus prácticas. En este sentido, la escuela constructivista arroja luz sobre el tema debatido: el poder como algo socialmente construido.

### *2.3. El poder como categoría socialmente construida*

Si para los neorrealistas la estructura, con sus elementos distintivos —la anarquía y la distribución de capacidades— determina el comportamiento de los Estados y los resultados de la política internacional, el constructivismo social enfatiza el proceso, la interacción de los actores y la construcción de significados colectivos. La anarquía o ausencia de gobierno mundial, ese concepto sacrosanto para Waltz que determina lo que ocurre y siempre ha ocurrido en el escenario internacional, no es una categoría objetiva y neutra, una ley universal y eterna; es una construcción social, una noción a la que un colectivo de actores ha dotado colectivamente de un significado concreto. La realidad internacional responde a factores materiales (como estipula el realismo) pero también a factores ideacionales que expresan la intencionalidad colectiva y que no son independientes del tiempo y el espacio, sino construidos históricamente. Para Alexander Wendt (1999) la política internacional es algo socialmente construido y las estructuras de la asociación humana se determinan principalmente por ideas compartidas, más que por fuerzas materiales. Las identidades y los intereses de los actores no están dadas de antemano (como estipula el realismo), sino que se construyen a partir de estas ideas compartidas. La identidad es una definición social del actor que se enraíza en lo que los actores asumen colectivamente acerca de sí mismos y los otros. A su vez la identidad determina el interés, el cual se define de acuerdo con el contexto social y con la identidad. A su vez ambos, identidad e interés, definen las instituciones, que son estructuras estables de identidades e intereses, conocimientos colectivos que se construyen mutuamente y que guían el comportamiento de los Estados.

En este sentido la estructura de la que habla Waltz existe en momentos históricos determinados y constriñe el comportamiento y las posibilidades de acción de los Estados, pero es producto de un pro-

ceso de creación intersubjetiva. Rasgos y actitudes estatales como el egoísmo o la autoayuda que el realismo tipifica como características exógenas, no son algo separado de las prácticas que lo producen y mantienen. Así, para Wendt (1999) el comportamiento de los Estados es consecuencia de la estructura de identidades e intereses en el sistema, los cuales de constituyen de manera intersubjetiva.

Peter Berger y Thomas Luckmann afirman que el realismo y el neorrealismo caen en la reificación, la cual definen como:

Entender los productos de la actividad humana como si fueran algo distinto a productos humanos, tales como hechos de la naturaleza, el resultado de leyes cósmicas o manifestaciones de la voluntad divina. La reificación permite que el hombre niegue su propia autoría en el mundo y que niegue la dialéctica existente entre el hombre y sus productos. El mundo así reificado es percibido como una extraña acumulación de hechos, una *opus alienum* sobre la que no tiene control, más que una *opus proprium* producto de su propia actividad (Berger y Luckmann, citados en Wendt, 1999: 410).

Al negar la autoría que colectivamente comparten los Estados en la formación de sus identidades e intereses, las teorías racionalistas niegan el hecho de que la política de poder ayuda a crear el mismo problema de orden que intentan solucionar y en ese sentido el realismo es una “promesa autocumplida” (Wendt, 1999: 410).

Desde la perspectiva del constructivismo, el poder es algo socialmente construido y por lo tanto, a diferencia de lo que creen las escuelas realistas (poder como categoría ya dada), susceptible al cambio. Las categorías principales del poder en el neorrealismo –anarquía, política de poder, autoayuda, equilibrio de poder– son instituciones socialmente construidas, no son rasgos esenciales e inmutables del sistema internacional. Los cálculos y el comportamiento de los Estados no vienen dados por la distribución de poder, sino por el entendimiento intersubjetivo, por la distribución de conocimiento, la cual determina las concepciones de sí mismo y de los demás. Para Wendt es posible el cambio de cultura política entre dos o más actores y es posible pasar de una cultura política *hobbesiana* a otra *lockeana*. Debido a razones sistémicas y “psicológicas” las expectativas y los significados intersubjetivos pueden tener una cualidad de autopropagación y sólo las nuevas ideas acerca de sí mismo y del otro pueden trascenderlas. A través de la práctica los actores producen y reproducen constante-

mente las identidades e intereses ya institucionalizados y son difíciles de transformar, pero esto no significa que no tengan posibilidades de elegir o hacer algo diferente. Las identidades y las instituciones que rigen el comportamiento dependerán de lo que hagan los actores, y cambiando las prácticas de forma sostenida, éstas cambiarán las condiciones intersubjetivas de su existencia.

#### *2.4. Las estructuras históricas como combinación particular de fuerzas con carácter histórico y contingente*

La teoría crítica también subraya el carácter dinámico y cambiante de la política internacional. Robert Cox critica el ahistoricismo del realismo, esa forma de pensamiento en la que el “futuro siempre será como el pasado” (Cox, 1981: 92). Y ello se debe al empeño en intentar crear una “ciencia social general aplicable universalmente y que no permite desviaciones acerca de la naturaleza básica de los actores o su forma de interacción” (Sinclair, 1996: 7). El realismo, con su método positivista, propugna la universalidad de los atributos básicos del sistema social y convierte la historia en un “conjunto de datos que ilustran los cambios y combinaciones posibles dentro de una historia humana esencialmente inmutable” (Sinclair, 1996: 7). Si bien Cox reconoce la utilidad del positivismo dentro de unos límites históricos definidos, sin embargo afirma que no se sostiene desde un punto de vista histórico de larga duración. Cox propone el método histórico y el estudio de las estructuras históricas que caracterizan periodos concretos. Las estructuras históricas son configuraciones concretas de fuerzas (capacidades materiales, ideas e instituciones) que imponen presiones y constricciones al orden social y que sólo pueden ser cambiadas cuando emergen estructuras rivales con su particular configuración de fuerzas. Las relaciones entre capacidades materiales, ideas e instituciones son recíprocas y en principio ninguna de estas fuerzas prima sobre la otras. Las estructuras de las que habla Cox se diferencian de la estructura neorrealista en que derivan de situaciones históricas y no son modelos abstractos del orden mundial. Para Cox la combinación de fuerzas dentro de una estructura histórica concreta vendrá a determinar el orden social y los tres elementos que lo componen: producción, formas de Estado y orden mundial.

La teoría crítica vendrá también a subrayar la importancia del complejo Estado-sociedad y el papel que las ideas ejercen en las estructuras históricas. Las teorías clásicas de las relaciones internacionales han mantenido como esferas separadas el Estado y la sociedad civil. Cox afirma que ambas forman un complejo que constituye la entidad básica de esta disciplina y que las relaciones globales de poder no se pueden concebir sin estudiar la interacción entre las fuerzas sociales, el Estado y las relaciones globales. Es la interacción social la que determinará las ideas colectivas de una época. La naturaleza del hombre y de las instituciones humanas (entre las que se incluye el Estado y el sistema interestatal) debemos entenderlas como un “proceso en el que nuevas formas son constantemente creadas [...] y las distintas formas de pensamiento se moldean a partir de un complejo de relaciones sociales” (Vico, citado en Cox, 1981: 93). Las ideas, como componente básico de una estructura histórica, consisten en significados colectivos e imágenes colectivas. Los significados colectivos vienen a definir la realidad, son nociones compartidas de la naturaleza de las relaciones sociales y tienden a perpetuar hábitos y expectativas de comportamiento. Instituciones como el Estado, como fuente de autoridad sobre territorios o poblaciones concretas, o la definición de comportamientos frente a conflictos, como la negociación o la confrontación, no siempre han sido conceptualizadas y representadas de esta manera precisa y podrán no serlo en el futuro. Estos significados intersubjetivos constituyen las bases del discurso social, constituyen el sentido común de una época, y se diferencian de las imágenes colectivas. Para Cox éstas son las diferentes formas de entender el orden social y la naturaleza y legitimidad de las relaciones de poder en diferentes grupos sociales y pueden constituir la base, dadas las condiciones históricas y de acuerdo con el método dialéctico, para la emergencia de una estructura histórica alternativa.

Si el neorrealismo configura el poder como capacidad material, subestimando el poder de las fuerzas sociales y de los aspectos normativos e institucionales del orden mundial, la teoría crítica nos lo presenta como algo más complejo, como relaciones entre lo material, lo social y lo ideacional en el marco de estructuras históricas determinadas. El poder no reside sólo en las fuerzas materiales, sino en las relaciones sociales y las luchas entre formas prevaecientes y alternativas de entender la realidad. Así, abre las puertas para el cambio del or-

den mundial y presenta nuevas posibilidades de entender la función del Estado o el poder de la sociedad civil.

### 2.5. *El poder estructural y la estructura de conocimiento*

Dentro de la subdisciplina de la economía política internacional se viene estudiando atentamente el poder de los mercados y de las empresas, así como las relaciones entre la economía y la política. Susan Strange (2001) ha puesto de relieve la importancia de los nuevos actores transnacionales en la configuración de la política internacional. Si bien se ha identificado a esta autora con la escuela del realismo, sus concepciones suscitan mucha controversia en la academia y difieren en gran medida de los presupuestos básicos del realismo y neorealismo político. Veamos algunos argumentos que sustentan esta idea:

- Strange (Lawton, Thomas, Rosenau, Verdun, 2000) rompe con la concepción estatocéntrica y subraya la merma que ha experimentado la autoridad del Estado. Si bien hay Estados que mantienen un poder significativo, como puede ser el caso de Estados Unidos, en general podemos observar nuevos centros de poder, y aquí sobresale el poder de las multinacionales, que surgen en el sistema global y que retan incluso a los Estados más fuertes. El Estado ha perdido autoridad debido a que ha disminuido la importancia de la guerra y de la seguridad, su falta de habilidad para controlar el valor de la moneda y su pérdida de credibilidad como proveedor de bienestar. La problemática de la que trata la disciplina de las relaciones internacionales es demasiado reducida y habría que concentrarse en el sistema internacional como conjunto, el cual incluye muchas más temáticas que las que tradicionalmente trata esta disciplina.
- Para Strange (May, 1996) el poder internacional no reside en los Estados *per se*, sino en un conjunto de estructuras de poder global. Ciertos Estados pueden moldear la naturaleza y dirección de las relaciones internacionales si controlan el acceso a estas estructuras de poder. Estas estructuras básicas son la financiera, la de seguridad, la de producción y la de conocimiento. Es necesario ampliar el concepto de poder e incluir el poder estructural, el relacional (determinado por el estructural), el poder para influir en las ideas de los demás y el poder para acceder al crédito, la seguridad y

la prosperidad. El sistema internacional no debe ser considerado como “una entidad unidimensional y monolítica, sino como un sistema que contiene numerosas estructuras de poder interconectadas” (Strange, citada en Lawton, Rosenau y Verdun, 2000: 6). Frente al poder del realismo tradicional que consiste en la capacidad que los Estados tienen para forzar a otros dentro del sistema a hacer aquello que de otra manera no harían, el poder estructural de Strange consiste en la capacidad para moldear las estructuras de la economía política global, el poder de decidir cómo se deben hacer las cosas, el poder de moldear los marcos de referencia en los que se desenvuelven las relaciones de los Estados, de sus empresas y de sus sociedades. En este sentido su teoría abre las puertas para considerar la capacidad que tienen los actores no estatales para determinar la naturaleza y el curso de las relaciones internacionales. Strange (May, 1996) concede gran importancia a la estructura del conocimiento. El poder que deriva del conocimiento ha sido subestimado y poco atendido por los teóricos de las relaciones internacionales y de la economía política internacional. Interpreto que la autora utiliza el concepto de conocimiento por lo menos en dos sentidos:

- a. El conocimiento que se aplica a los procesos de producción y que vendría a ser la tecnología, la cual es de central importancia como fuente de poder en la estructura del conocimiento y como factor que fortalece los otros tres pilares del poder estructural (producción, seguridad y finanzas). Si existimos en una economía global profundamente permeada por flujos de activos invisibles, como el capital y el crédito, la tecnología es el más importante de esos activos invisibles y en este sentido la estructura de conocimiento domina las otras estructuras del poder sistémico. Strange (Mytelka, 2000) afirma que ha habido cambios estructurales en el mundo de las finanzas, la información, los sistemas de comunicación, métodos de producción y equipos de defensa, cambios todos ellos que han redefinido las relaciones entre la autoridad (los gobiernos) y el mercado (las empresas). El elemento catalizador fundamental de estos cambios ha sido la tecnología. Su carácter cambiante ha alterado la distribución y ejercicio del poder estructural, ya que ha transformado los pilares centrales que lo sostienen. Si bien la tecnología tiene efectos indiscutibles sobre el poder estructural, no

es una entidad estructurada o tangible y resulta esencial saber quién o qué la controla. Strange afirma que gran parte de este control reside en las empresas (si excluimos la investigación militar de los gobiernos). En este sentido Strange (Mytelka, 2000) concluye que una parte considerable del poder y de la autoridad del sistema internacional han pasado a los mercados, lo que ha fortalecido significativamente el poder de las empresas en sus procesos negociadores con los Estados.

- b. El conocimiento como “sistema de creencias, aquello que se conoce y los canales mediante los cuales estas creencias, ideas y conocimiento se comunican” (May, 1996: 182). El poder en esta estructura de conocimiento reside tanto en la capacidad para negar el conocimiento o excluir a otros, como en la capacidad para otorgarlo. El poder que deriva del conocimiento a menudo brota del consentimiento, más que de la coerción, y la autoridad se reconoce sobre la base de un sistema de creencias socializado o deriva del estatus que se le confiere a quienes poseen el conocimiento y con ello el acceso o el control sobre los medios mediante los cuales éste es almacenado o comunicado. En este sentido May (1996), interpretando a Strange, afirma que la autora muestra un gran paralelismo con el trabajo de Haas y otros autores sobre las “comunidades epistémicas, en el que perfilan el poder de las élites intelectuales sobre la formación de las agendas en las organizaciones internacionales” (May, 1996: 182). Strange establece que hay que observar tres cambios importantes dentro de la estructura de conocimiento: los cambios en la provisión y control de la información y en los sistemas de comunicación; cambios en el uso del lenguaje y en los canales de comunicación no verbales; y cambios en las “percepciones fundamentales y en las creencias acerca de la condición humana y que influyen en los juicios de valor, y a través de éstos, en las decisiones políticas y económicas” (Strange, citada en May, 1996: 182). Cualquiera de estos cambios puede tener un efecto sustancial en el poder de negociación de los actores así como en los valores prioritarios del sistema. Por otro lado, los sistemas de creencias y los valores prioritarios validan o invalidan los comportamientos de los actores.

## *2.6. El poder en la sociedad red*

Para Manuel Castells (2012) las fuentes de poder social en el mundo, según han sido teorizadas por los principales pensadores del poder, siguen siendo prácticamente las mismas en la actualidad: “violencia y discurso, coacción y persuasión, dominación política y enmarcado cultural” (2012: 81). Lo que ha cambiado es el contexto en el que operan las relaciones de poder; una arquitectura global de redes que interactúan en la “era de la información”, potenciadas por la revolución de la microtecnología y donde las funciones y los procesos dominantes mundiales o las dinámicas de dominación o de resistencia se organizan en torno a esta morfología social peculiar: la red.

Manuel Castells (1999) presenta la sociedad red como el nuevo sistema técnico-económico que estructura el mundo, una sociedad mundial en donde las actividades y estructuras sociales clave se organizan alrededor de redes de información que se procesan electrónicamente. En la era de la información las actividades económicas principales se reorganizan a partir de la innovación tecnológica que se registra desde 1970. Se ha creado una forma de desarrollo informacional que ha producido una economía global basada en la tecnología. Es informacional porque la competitividad de sus actores centrales (especialmente las empresas) depende de su habilidad de generar y procesar la información electrónica. Esta nueva economía global reestructura todas las actividades económicas y se basa en los objetivos y valores introducidos por la explotación agresiva de los nuevos potenciales de productividad de la nueva tecnología de la información. Vivimos en una sociedad global, en donde la globalización se comprende mejor como la interacción de redes globales que estructuran la producción, el consumo, la comunicación y el poder; un conjunto de redes a escala planetaria activadas por tecnologías digitales de la comunicación y la información basadas en la microelectrónica que controlan los procesos básicos que configuran y controlan la vida humana en cada rincón del planeta:

[...] los mercados financieros; la producción, gestión y distribución transnacional de bienes y servicios; el trabajo muy cualificado; la ciencia y la tecnología; los medios de comunicación; las redes de Internet; el arte, la cultura, los espectáculos y los deportes; las instituciones internacionales que gestionan la economía global y las relaciones intergubernamentales; la religión, la economía criminal; y las ONG

transnacionales y los movimientos sociales que hacen valer los derechos y valores de una nueva sociedad civil global (Castells, 2012: 51 y 52).

En el contexto de un capitalismo reestructurado, rejuvenecido, globalizado e hipereficiente las redes dominantes siguen una lógica instrumental, crean un mundo de flujos globales de riqueza, poder e imágenes; se interesan exclusivamente en los intercambios instrumentales y conectan o desconectan de forma selectiva personas, grupos, regiones o países según su importancia para cumplir las metas procesadas por la red. Generan un instrumentalismo abstracto y universal que excluye a una parte importante de la humanidad y genera una búsqueda de significado y reivindicación por parte de individuos y grupos. Es lo que Castells denomina la “esquizofrenia estructural entre función y significado” (Castells, 1999: 38).

La sociedad red es una “arquitectura global de redes autorreconfigurables, programadas y reprogramadas constantemente por los poderes existentes en cada dimensión” (2012: 53) que se hallan en constante interacción. Si bien la red es la forma y la dinámica de funcionamiento que adquiere la sociedad red, la cuestión de quién ejerce el poder en esta estructura social es algo diferente. Para Castells el poder es “la capacidad relacional para imponer la voluntad de un actor sobre otro sobre la base de la capacidad estructural de dominación integrada en las instituciones de la sociedad” (2012: 74). En este sentido, dentro de la complejidad de redes existentes, “cada red define sus propias relaciones de poder en función de sus metas programadas” (p. 74), pero a su vez interactúa con otras redes también poderosas. En este sentido el poder no es una entidad única y nadie tiene todo el poder. Castells pone el ejemplo de la clase capitalista, que tiene mucho poder pero que a su vez depende de las dinámicas impredecibles de los mercados financieros o de las decisiones de los gobiernos, que a su vez están condicionados por las presiones de grupos de interés, negocian con los medios de comunicación y a su vez son confrontados por redes de ciudadanos y movimientos sociales. Así, el poder, como algo multidimensional, relacional y dinámico hay que estudiarlo *ad casum* para cada red, analizando, caso por caso, quiénes son los actores que operan dos mecanismos básicos: a) la capacidad para constituir redes y programar sus objetivos, y b) la capacidad para conectar diferentes redes y “asegurar su cooperación compartiendo objetivos y combi-

nando recursos, mientras que se evita la competencia de otras redes estableciendo una cooperación estratégica” (2012: 76).

La programación de los objetivos de la red, a su vez, está en función de las ideas, visiones y marcos de los actores dominantes de la red, los cuales procesan y representan a través de los medios de comunicación. Los discursos son los que moldean la mente individual y la “mente pública, es decir, el conjunto de valores y marcos que es en último término lo que influye en el comportamiento individual y colectivo” (Castells, 2012: 85). Los discursos, la habilidad de influir en los códigos culturales y de cambiar las categorías mediante las cuales pensamos, sigue siendo la batalla principal entre las redes en la era de la información. En esta batalla se inscriben los movimientos sociales que intentan cambiar los códigos culturales de la sociedad. En el contexto de la lógica instrumental de las redes dominantes que excluyen a una buena parte de la humanidad de sus dinámicas, en el contexto de un mundo confuso y de cambio incontrolado, la búsqueda de la identidad se vuelve la fuente fundamental de significado social. Es así como surge el contrapoder, los procesos de resistencia al poder dominante en nombre de valores e intereses no representados en las redes dominantes. El contrapoder, al igual que el poder dominante, funciona mediante redes e información sustentadas por la tecnología y mediante la misma lógica o mecanismo de poder en la sociedad red: la programación (o desprogramación) de las redes y la conexión (o desconexión) entre las redes. Redes de activistas, medioambientalistas, “globalifóbicos”, *hackers*, terroristas, redes financieras, de producción, redes tecnológicas, redes de conocimiento, redes criminales. Todas son parte de la sociedad red, siendo ésta la suma y el resultado de su interacción.

## Consideraciones finales

Con el presente ensayo no se pretende llegar a conclusiones definitivas. Se intenta retar algunas concepciones clásicas y sugerir algunas ideas y planteamientos que nos pueden ayudar a entender mejor los procesos políticos contemporáneos partiendo de la idea de que la transnacionalidad es un fenómeno que permea profundamente nuestra época. Tampoco es un ensayo que pretenda examinar de forma ex-

haustiva todas las concepciones del poder. A partir del análisis de las visiones de seis autores podemos ver la evolución que ha ido ocurriendo en la disciplina de las relaciones internacionales en torno al concepto de poder. Las nociones se han ido refinando y complejizando, rompiendo con la concepción realista dominante que conceptualiza el poder como algo a-histórico, unidimensional e inmutable. Los autores examinados ejemplifican bien este proceso de sofisticación teórica, a través de conceptos como la transnacionalidad prevaleciente en el orden mundial que logra multiplicar el número de actores y las fuentes de poder (Keohane y Nye); el poder como una construcción social que es hija y producto del hombre (Wendt); la importancia de las estructuras históricas y la peculiar combinación de fuerzas que cada una presenta (Cox); la necesidad de estudiar el mundo no como una entidad unidimensional sino como un sistema que contiene numerosas estructuras de poder interconectadas (Strange); o la sociedad red como contexto en donde se entretrejen, a través de múltiples redes de poder, las complicadas relaciones mundiales (Castells).

Si bien los mecanismos de generación de poder pueden ser inmutables (por ejemplo, las capacidades coercitivas materiales, el uso de la violencia, la fuerza de las ideas o la dominación política), lo que sí cambia son los contextos mundiales en los que ocurre el juego del poder, las estructuras de poder, las innovaciones tecnológicas y la gama de actores capaces de ejercerlo. En nuestra sociedad global, el poder es multidimensional, complejo y debe ser analizado dentro de contextos históricos y culturales determinados con el objeto de entender la correlación de fuerzas existente entre los distintos actores y redes globales que interactúan. En este sentido el poder es un fenómeno más dinámico que estático, más relacional que unidireccional, más histórico y conectado con las ideas colectivas de la época que con modelos universales abstractos. Todo ello, unido a la turbulencia y alta complejidad que caracterizan nuestro mundo, hace del poder algo difícil de entender, un fenómeno que reta constantemente nuestra comprensión científica.

## Referencias bibliográficas

- Castells, Manuel. (1999). *La Era de la Información. Economía, sociedad y cultura*, vol. I: "La sociedad red". Madrid: Siglo XXI Editores.
- —. (2012). *Comunicación y poder*. México: Siglo XXI Editores.
- Cox, William. (1981). *Social Forces, States, and World Orders: Beyond International Relations Theory*. Millenium.
- Dallanegra Pedraza, Luis. (2005). *Los cambios en el Estado-nación y su futuro como actor mundial*. Disponible en <http://www.geocities.com/luisdallanegra/camestad.htm?200518>. Visitada en junio 2005.
- Held, David. (1997). *La democracia y el orden global; del Estado moderno al gobierno cosmopolita*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Ianni, Octavio. (2000). *Enigma de la Modernidad-mundo*. México DF: Siglo XXI Editores.
- Keohane, Robert, y Nye, Joseph. (1988). *Poder e interdependencia: La política mundial en transición*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- —. (1998). Power and interdependence in the Information Age. *Foreign Affairs*, (77)5, sept.-oct., pp. 81-94.
- —. (2000). Introduction. En: Nye, Joseph, y Donahue, John, *Governance in a Globalizing World*. Washington, DC: Brookings Institution Press.
- Lawton, Thomas, Rosenau, James, y Verdun. (eds.) (2000). Introduction: Looking beyond the Confines. *Strange Power*. Burlington: Ashgate Publishing.
- MacDonald, Laura. (2000). Turbulence in Global Politics: Beyond Canada's Middle-Power Image. En: Whittington & Williams (eds.), *Canadian Politics in the 21st Century*, 5ª edición. Ontario: Nelson Thomson Learning.
- May, Christopher. (1996). Strange Fruit. Susan Strange's Theory of Structural Power in the International Political Economy. *Global Society*, 10(2).
- Mytelka, Lynn K. (2000). Knowledge and Structural Power in the International Political Economy. En: Lawton, Thomas, Rosenau, James, y Verdun (eds.), *Strange Power*. Burlington: Ashgate Publishing.
- Nye, Joseph. (1990). *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*. Nueva York: Basic Books.
- —. (2002). *The paradox of American Power. Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone*. Nueva York: Oxford University Press.
- Rosenau, James. (1990). *Turbulence in World Politics: a Theory of Change and Continuity*. Princeton, NJ/Oxford: Princeton University Press.
- Sinclair, Timothy. (1996). Beyond international relations theory: Robert W. Cox and approaches to world order. *Approaches to World Order*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Strange, Susan. (2001). *La retirada del Estado*. Barcelona: Icaria Internacional/ Intermon Oxfam.

- Tooze, Roger. (2000). Ideology, Knowledge and Power in International Relations and International Political Economy. En: Lawton, Thomas, Rosenau, James, y Verdun (eds.), *Strange Power*. Burlington: Ashgate Publishing.
- Waltz, K. (1992). The Anarchic Structure of World Politics. En: Art, Robert J., y Jervis, Robert. (Eds.), *International Politics. Enduring Concepts and Contemporary Issues*, 3ª edición. Nueva York: Harper Collins Publishers.
- Wendt, Alexander. (1992). Anarchy is What States Make of it: The Social Construction of Power Politics. *International Organization*, 46(2).